



Unamuno y la política

NO SOY UN ROBOT
AMALIA IGLESIAS SERNA
Escritora



De la pluma a la palabra» reza el subtítulo de la exposición que esta semana ha inaugurado la Universidad de Salamanca (a través de su Servicio de Actividades Culturales y de la Casa Museo Unamuno) en la Hospedería Fonseca, –que permanecerá abierta hasta el próximo mes de enero. Una exposición tan ambiciosa como abarcadora, comisariada por quienes más han trabajado en restituir la imagen íntegra de Miguel de Unamuno: el matrimonio de historiadores e hispanistas franceses Colette y Jean-Claude Rabaté. Un trabajo, el suyo, de varias décadas (ediciones y ensayos sobre su obra, la biografía, guiones de películas y documentales, exposiciones, investigación y recuperación del epistolario...), una labor incansable que sigue creciendo –como demuestra esta magna exposición– para dilucidar y recuperar «la verdad» del que fuera uno de los intelectuales europeos más importantes y también uno de los más maltratados del siglo XX: Miguel de Unamuno. Esa verdad que muchas veces fue vilipendiada, cen-

surada, distorsionada, silenciada o utilizada para una u otra causa, según los intereses de diferentes ideologías en cada momento histórico; Unamuno fue «una presa privilegiada para la propaganda» como se dice en la exposición. Por eso se trata de reunir la verdad pedazo a pedazo, de poner cada texto en su contexto, de restaurar las piezas del puzzle que faltaban para entender la coherencia de un intelectual al que a menudo se le cuelga sin más la etiqueta de «las contradicciones». A través de más de mil documentos entre fotografías, publicaciones, discursos, cartas... esta exposición consigue, por primera vez, poner de manifiesto precisamente la coherencia de la evolución política unamuniana, su férrea voluntad de no dejarse encasillar, porque su voz y su conciencia no era ni de los «hunos» ni de los «hotros»; como buen heterodoxo, su compromiso intelectual y político fue siempre con la libertad y con los derechos humanos (perteneció y presidió la Liga de los Derechos del Hombre) y para ello se expresó a través de miles de artículos y

también de viva voz en lo que él llamaba «sermones laicos», como «predicador ambulante» contra la Iglesia, los terratenientes, la monarquía, las dictaduras, los militares, la censura, los nacionalismos, la «alianza del Trono y el Altar», el fascismo, el comunismo y la violencia... Y la exposición, estructurada en siete apartados, siguiendo un orden cronológico, pone de manifiesto no solo esa coherencia, sino también que no estuvo solo en esa defensa de la verdad: es apabullante constatar los apoyos que tuvo tanto en suelo español como internacionalmente a lo largo de toda su vida. Y quizás también podemos constatar que su influencia en los rumbos de nuestra historia fue mayor de lo que se pensaba y se conocía hasta ahora.

Nada más entrar en la exposición de Fonseca escuchamos –en la voz de José Luis Gómez– ese poema tan significativo «Es de noche en mi estudio», poema premonitorio que Unamuno escribió el 31 de diciembre de 1906, desde la perspectiva de la muerte acechante, en el que pa-

recia estar describiendo aquella otra noche del mismo día de 1936, treinta años después, cuando sus enemigos vendrían a buscarle y apropiarse de su muerte: «...presentimiento misterioso/ del allende sombrío» escribe en ese poema, en el que también insiste en el concepto de la soledad: «Profunda soledad.../ aquí, en la soledad es el silencio quien me asesta; el silencio y las sombras...». María Zambrano lo describió con una paradoja, la de «su retiro permanente... su salvaje independencia, su soledad lejos de la Corte» y sin embargo, apunta María Zambrano, «ha sido siempre don Miguel un hombre de polis, un ciudadano. Jamás dejó de estar presente en la vida española, no solo en la intelectual, sino en la cívica...».

El Unamuno poeta, el Unamuno novelista, el ensayista, el profesor, el periodista, el orador, el filósofo, el político... todos ellos no son sino distintas conjugaciones del mismo Unamuno comprometido con su tiempo y con España y con su empeño por defender los derechos humanos más allá de ideologías concretas o consignas dirigidas. Unamuno nunca quiso militar en ningún partido político, y esta es una clave esencial para comprender toda su trayectoria, como se puso de relieve en la mesa redonda en la que Colette y Jean-Claude Rabaté debatieron, junto

con Rafael Núñez Florencio, las razones de esta exposición.

Esa pluma que parecía tener una tinta inagotable, muy pronto se dio cuenta del poder de la palabra pronunciada en directo, para «convencer». Opara contar la verdad, para defender la dignidad humana y denunciar la barbarie, y ambas, la pluma y la oratoria le parecieron «una tribuna más eficaz que el escaño de diputado». Y esa pluma y esa palabra no fueron escritas ni pronunciadas en vano, sino que fueron semillas que habrían de germinar en otras voces: así en la «razón poética» y en la «razón democrática» de María Zambrano, o en la «paz y la palabra» que pedía otro bilbaíno, Blas de Otero.

Al salir de la exposición volvemos a escuchar ese poema de Unamuno «Es de noche en mi estudio.../ Tiemblo de terminar estos reglones... Los terminé y aún vivo». Y recuerdo aquella carta que le escribió a Valentí Camp el 8 de abril de 1900 «acaso en el fondo sea mi concepción del universo poética más que otra cosa, y de raíz poética mi filosofía y mi odio a la ideocracia y mi amor a lo inconcreto, indiferenciado, proteico, palpitante de la vida...» Política y poética no eran sino piezas del mismo puzzle. Como buen existencialista, le importaba la vida y el destino del hombre más que las ideologías políticas.